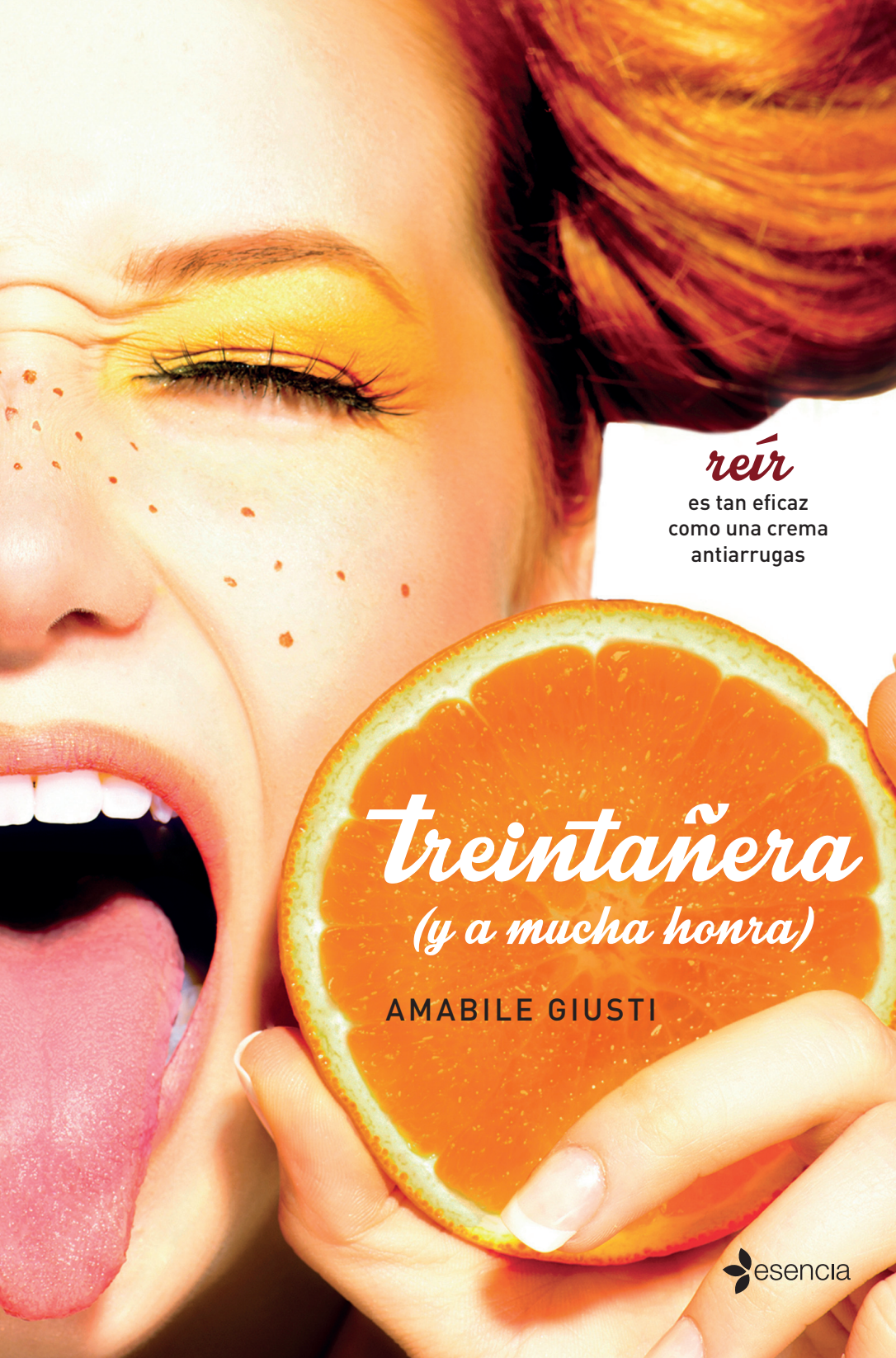

reír
es tan eficaz
como una crema
antiarrugas

treintañera
(y a mucha honra)

AMABILE GIUSTI

esencia

Treintañera (y a mucha honra)

Amabile Giusti

Esencia/Planeta

Título original: *Trent'anni... e li dimostro*

© Amabile Giusti, 2014
Publicado de acuerdo con Laura Ceccaci Agency
© por la traducción, Renata Landucci (Traducciones Imposibles), 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: febrero de 2015
ISBN: 978-84-08-13732-0
Depósito legal: B. 277-2015
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La chica tiene un culo que parece una mandolina de madera de teca y lleva un microtanga de seda estampado a modo de ropa interior.

Está hurgando en la nevera, detrás de un pedazo de queso no muy fresco y un puñado de tomates, a la caza de una lata de cerveza pegada a la pared cubierta de escarcha.

La miro y me tiembla un párpado por la rabia. Habría hecho mejor quedándome en la cama, pero ¿cómo se puede dormir cuando hay gente en la otra habitación dale que te pego hasta hacer temblar las paredes? Con todo ese ruido, puertas que se cierran, risas groseras, el rechinar de los muelles de la cama y el carrusel de aullidos en do de pecho, me ha entrado un hambre de leona. Lo cierto es que no esperaba encontrarme en presencia de la aulladora, parada frente a mi nevera, enseñando el culo, con piernas de jirafa y mi goma rosa en el pelo.

Sí, ahí está, una belleza audaz de no más de veinticinco años, luchando con la hostilidad de la lata aprisionada y murmurando con malhumor algo acerca de la necesidad de descongelar ese maldito trasto antediluviano.

Querría decirle, entrometida de las narices, soy yo quien decide cuándo y cómo procedo a hacer el mantenimiento de mis electrodomésticos. Y añadir que, tratándose de mi casa, mi suelo, mi frigorífico y mi goma de Peppa Pig, tendría todo el derecho de agarrarme un cabreo mortal, cogerla por las solapas y echarla de una patada. Bueno, a lo mejor de las solapas no, puesto que sólo lleva

un tanga. Pero, en fin, creo que se entiende la idea. En lugar de eso, me quedo callada, tragándome los improperios, observándola como si estuviera hecha de abono orgánico y sintiendo una cólera sorda. Una cólera que no se atreve a salir, superada por una emoción todavía más fuerte: soy desesperadamente celosa.

En ese momento, la señorita «voy con el culo al aire y me la suda» se da cuenta de que no está sola en la estancia y se da la vuelta. Tiene un par de tetas de cemento, tan altas que casi le tocan el cuello.

Por desgracia, es bastante hermosa también por delante. Tiene el pelo rojo llameante y esculpido en un casco perfecto, ojos verdes, labios carnosos y dientes blanquísimos, como en un anuncio de dentífrico blanqueador.

No cabe duda alguna: la odio.

La odio, odio que haya hecho el amor con Luca, odio que critique mi nevera, que vaya desnuda por la casa y, lo más importante, odio a Luca.

No es que me sorprenda su éxito: es un tipo que no pasa desapercibido. Todas las mujeres querrían tirárselo y todos los hombres lo odian, a menos que sean gays; en ese caso, también se lo tirarían con mucho gusto.

Tiene unos hombros como armarios de caoba, una cereza confitada en lugar de boca, la espalda de una estatua griega y ojos un poco verdes y un poco negros, dependiendo de su humor y de cómo le da la luz. Se ríe mucho, de manera sensual, echando la cabeza hacia atrás, mirando el mundo entre sus pestañas, pasándose las manos por el pelo castaño, alborotado, largo hasta la nuca, tan espeso que, haciendo un estudio estadístico, en el mundo debe de haber al menos quinientos hombres calvos por su culpa. En pocas palabras, Luca es esplendoroso.

Al principio, mis amigas estaban convencidas de que entre no-

sotros tendrían lugar rocambolescos encuentros de pasión. En realidad, la cosa más íntima que sucedió en nuestra convivencia (seis meses, y no han sido precisamente pan comido) fue aquel día en que, cansada de ver cómo se acumulaban en la cesta del baño sus calzoncillos sucios, tuve el valor de recogerlos uno por uno con unas pinzas de ensalada y lanzarlos dentro de la lavadora.

Mientras tanto, la señorita intenta mirar con disimulo, pero sin conseguirlo, el ridículo pijama rojo que me regaló por Navidad mi tía Porzia y mi pelo de estropajo.

—¿No *tendvás otva cevveza*? —me pregunta, con una hilarante ausencia de erres, apuntando con el dedo a la lata cautiva del iceberg que vive en mi nevera.

—¡Un placer, me llamo Carlotta! —le espeto de golpe, con un tono que roza la histeria.

En ese momento llega Luca, prácticamente desnudo, llevando sólo un par de calzoncillos que le sientan como un guante, cuyo contenido es muy explícito respecto a sus intenciones de representar otra ópera lírica.

Pienso que merezco un poco de consideración y lo taladro con la mirada. Pero Luca me ignora, le sonríe a la tipa y le hace un gesto con la mano como diciendo «Ven, chavalita, que no hemos terminado de divertirnos».

Ella ríe, se troncha, parece una gallina, parece una hiena, finge resistirse, finge huir de él y, acto seguido, le pone una mano justo *ahí*, como si agarrara el micrófono en un bar de karaoke.

Si tuviera una bola de bolos, les daría a los dos y haría strike. Los odio, y probablemente he empezado a emitir ondas radiactivas, porque Luca da un respingo, se vuelve hacia mí, con la mano de la chica todavía asiéndole el micrófono, y exclama:

—¿Qué haces despierta?

¿Cómo osa preguntarme eso? Quiero fulminarlos, a él y a su

guarrilla en tanga... y, efectivamente, lo fulmino cuando se agacha para liberar la lata del hielo, pero sigo callada. Ella suelta su presa y se sienta en la mesa. Deja colgar sus piernas kilométricas y estira un pie de forma erótica, indiferente por completo a mi presencia.

—A lo mejor en el bloque de al lado aún no os han oído —comento entre dientes—. Y tú, ¿podrías quitar el pandero de la mesa? Ahí es donde desayuno por las mañanas y no tengo suficiente ácido sulfúrico como para desinfectarla.

La perra gangosa continúa sin dignarse tenerme la más mínima consideración. Se ríe, intentando hacer un jueguecito con el pie. Ahora voy y se lo corto con un cuchillo de carnicero.

Luca le da la lata y luego se frota la mano congelada.

—Pobre Carlotta —murmura—, debes levantarte pronto por la mañana y nosotros te tenemos aquí despierta.

Se acerca y me abraza, como suele hacer cuando quiere tomarme el pelo. Me aprieta los hombros y me levanta un poco del suelo, cosa fácil, considerando que no soy gigante ni un peso pesado.

Se olvida de que está un tanto animado en su parte baja y me presiona las piernas con una turgencia embarazosa. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Pero no cedo. Me protejo tras una máscara de reproche y le doy un puñetazo para que me suelte. Luca me besa, un besito en la boca, pero leve, seco, infantil, y la joven desconocida se pone rígida y me observa con ojos homicidas.

Ahora casi me da pena.

Me gustaría advertirle de que Luca no es de su propiedad y hacerle saber que, después del segundo polvo de la noche, quizá le permitirá que use rápidamente el bidé, para luego echarla de la casa como quien sacude un mantel lleno de migas.

Desde ese punto de vista, Luca es asqueroso. Tiene una colec-

ción de condones multicolores y de distintos sabores en la mesilla de noche y nunca da una segunda oportunidad a sus conquistas. Mañana no recordará siquiera la cara de esta pescadilla pelirroja, no la llamará por teléfono, no la buscará y me obligará a inventarme una sarta de mentiras cuando ella llame intentando tener una segunda cita.

Luca es una especie de Paganini del sexo. Nunca repite, por lo menos no con la misma mujer, se entiende.

Cuando me deja de nuevo en el suelo, ya está blandito del todo y ya lo quiero otra vez. La verdad es que siempre lo quiero. De hecho, adoro a Luca. Pero es un secreto que no tengo intención de revelar. Finjo que su presencia me interesa tanto como el querubín de mármol de la fuente que hay en el jardín de mi madre. Nunca sabrá que llamo Luca a mi almohada y que la besuqueo y la acaricio y la aprieto como hace una niña con un peluche. Ignorará para siempre que cuando, como ahora, me muestro furiosa porque me han despertado, en realidad me devora el tormento y me irrita mortalmente pensar que el hombre de mis sueños rueda por una cama de matrimonio con una mujer a la que acaba de conocer.

Prefiero presentar mi cara alegre, cómica, malhumorada, habladora y un poco loca. Así lo confundo y lo distraigo de la atroz realidad: lo deseo como si él fuera un manantial de agua fresca y yo una plantita deshidratada. Cuando está, me siento plena. Llena mi vida con su desorden infernal, con su risa, con el olor de sus cigarrillos, con el rítmico repiqueteo de su teclado y con la visión prodigiosa de un conjunto de músculos esculpidos en granito. Se exhibe ante mí sin ningún pudor, como si yo fuera un cachorro de cocker spaniel y no una mujer provista de ojos, hormonas y un corazón. El sexo entre nosotros está prohibido, pero eso no significa nada, porque lo amo con locura.

Probablemente, mi furia de esta noche también tenga que ver con la frustración sexual. Hace toda una vida que no hago el amor.

Mi madre dice que soy demasiado pava, que debería darme una alegría, acortar mis faldones de monja, decidirme por fin a abrirme, y si pienso que me lo dice alguien que, después de veinticinco años años de matrimonio, ha tenido una aventura con su profesor de salsa, me parece un consejo de experta.

Pero ¿qué puedo hacer si otros hombres con los que me he animado a salir no despiertan en mí el más mínimo sentimiento picante? ¿Qué puedo hacer si cuando me besan mi mente deambula pensando en la factura del teléfono y cuando me tocan, mi única reacción instintiva es propinarles un rodillazo en las pelotas?

Luca me da una palmadita en la mejilla, pero inmediatamente la gata lo agarra por las caderas. Él se retuerce como un perro que se sacude la lluvia.

—Me portaré bien. Duérmete, mariposita —me dice.

Nos queremos mucho, no cabe duda. Simplemente no nos acostamos juntos.

Se aleja, con su espalda suntuosa y con esos slips que están, pero como si no estuvieran.

Mientras tanto, la chica se ha dado cuenta de que algo no marcha, no es completamente estúpida. Vacila y, cuando él le aparta la mano, hace un gesto de fastidio.

Los veo desaparecer en la habitación y, aunque tengo la certeza de que hará todo lo posible para mantener su palabra, me siento perdida, estoy furiosa, los celos me trituran, me colapsan, me vuelven ácida y amargada.

Revuelvo en la despensa y sólo encuentro una barrita de chocolate Ritter Sport. Calculando así, a ojo, creo que lleva en la casa desde que me mudé hace cinco años, pero no importa, me la

comería aunque estuviera rellena de yeso. Me encierro en la habitación con mi botín. Devoro el chocolate con rabia, como si quisiera aplicarle un correctivo. Lo trago con desprecio, sometiéndolo al castigo de la digestión. No está descartado que en un par de horas yo sea a mi vez castigada con un formidable ataque de colitis.

Me siento en el borde de la cama, frente al espejo del armario, y me observo. Aquí estoy, Carlotta Lieti. Insegura crónica. Sarcástica compulsiva. Especializada en mala suerte & similares.

Cumpliré treinta años dentro de pocos meses, no tengo novio, ni siquiera un amigo con derecho a roce, acabo de perder un trabajo con el que ganaba menos que si me dedicara a mendigar, mañana debo ir a una entrevista como si acabara de graduarme y además me ha salido un grano en la nariz.

Mi reacción es comerme otro trozo de chocolate. Los granos son síntomas de juventud, así que con gusto me aseguraré de que me salgan un par más. Mejor una colección de granos que de patas de gallo.

Me dedico una sonrisa y dos docenas de arrugas se amontonan alrededor de los ojos. Maldita sea. No me falta de nada. Creo que tengo algunos pelos dentro de la nariz. ¿Y las orejas? ¿No se están haciendo cada vez más grandes? Dicen que aumentan de tamaño al envejecer. Mi único consuelo es que, al tener dos albaricoques verdes en lugar de tetas, resistirán más tiempo a la fuerza de la gravedad. Pero al final también se derrumbarán. Todo caerá y me encontraré el culo a la altura de los tobillos.

Lo cierto es que el tiempo es un cabrón. No me da miedo que los años se acumulen, siempre he sido una ferviente defensora de la teoría de que para vivir mucho tiempo es necesario envejecer.

No temo al tiempo en sí: lo que me aterroriza es que sea un tiempo vacío. Cuando pasa y no tienes nada, cuando no has hecho

nada que deje huella. En resumen, cuando vas a cumplir treinta años y estás comiendo una barrita de chocolate caducada, embutida en un pijama ridículo, observando cómo se derrumba tu expresión mientras el hombre al que amas te trata como si fueras una planta de interior.

El intento de sonrisa se me queda lacio.

¡Ojalá se me quedara lacio también el pelo! Tengo un cabello lleno de rizos delirantes, de un color incierto entre el castaño y el naranja, que han dado un golpe de Estado en mi cabeza. La única ventaja es que me hace parecer más alta. Si también me pusiera una chistera, llegaría a la barbilla de Naomi Campbell.

Engullo el último cuadradito de chocolate y me chupo la punta del dedo. Una punzada, como si me hubiera tomado un sorbo de lava, me hace arder el estómago durante un momento.

Y así es como paso todas las noches.

Por otra parte, en respuesta a mi anuncio en el periódico se presentaron sólo tres: tampoco es que tuviese mucho donde elegir.

La primera fue una chica vestida como una hippy, que a los tres segundos de entrar ya criticaba la forma de los muebles y la orientación de la cama, que, según ella, era peligrosamente contraria a los dictámenes del feng shui. Durante la media hora escasa que estuvo en casa, antes de que la invitase a marcharse por donde había venido, estuvo farfullando sobre dragones verdes, tigres blancos, fénix rosa y tortugas.

El segundo era un cuarentón que apestaba a hierba podrida y me miraba insistentemente el culo, a la vez que me hablaba de su pasión por el arte topiario. No me cabe duda de que sus podas tendrían todas forma de culo.

El tercero fue Luca.

Recuerdo muy bien la maravillosa y maldita mañana en que él entró en mi vida. Era verano y el calor ablandaba hasta los pensamientos. Yo me encontraba en modo depresión andante, sin un céntimo, sin trabajo y sin hombre. No muy diferente de hoy, la verdad. Mis mejores amigas estaban de vacaciones, la ciudad entera estaba de vacaciones y yo era la única en toda Roma que languidecía en un apartamento en el último piso, donde el sol pega más fuerte y desconcha los muros. En la televisión emitían una reposición, recuerdo vagamente unas tipas en biquini y un presentador con el pelo planchado, que no daba un palo al agua. No es que estuviera viendo el programa, más que nada estaba interpretando el papel de espinaca hervida tirada en el sofá. Hay quien ahoga su dolor con Nutella, quien lo ahoga con nata de espray, quien se atiborra de galletas: yo, cuando estoy muy desmoralizada, les pego a las aceitunas sin hueso. Tenía bien agarrado un frasquito de aceitunas Saclà, en pantaloncitos y camiseta, pensando en lo muy inútil que era mi vida, cuando Luca hizo su aparición.

Entendámonos, no es que se materializara en la estancia. Llamó al telefonillo y luego a la puerta, y dijo «Buenos días, he leído el anuncio en el periódico; ¿debo hablar contigo?». Pero «aparición» continúa siendo la palabra justa.

Apareció en efecto, en aquella aburrida puerta, convirtiéndola en el lugar más exuberante del universo. Juro que por un instante vi una planta de hibisco germinar en el rellano, una cascada de orquídeas llover del techo y un ave del paraíso entonar una exótica melodía. Estaba bronceado, mientras que yo estaba pálida, llevaba unos vaqueros cortados por las rodillas, una camiseta blanca, una mochila verde militar a la espalda y deportivas de tela sin cordones. Me dedicó una sonrisa para comérselo a bocados.

Me lo quedé mirando como si fuera deficiente, estupefacta, con una aceituna medio metida en la boca, los labios formando

una «o» de sorpresa y turbación, y un único pensamiento en medio de aquella confusión mental: «¿Me habré depilado las ingles?».

—¿Todo OK? ¿Estás bien? —me preguntó, después de medio minuto, pronunciando las sílabas lentamente, como si hablase con una vieja sorda.

No pude responder, porque aquella aceituna funesta, tan confusa como yo, tuvo a bien dejarse caer en mi garganta para luego irse por la bifurcación equivocada y asfixiarme. Empecé a rebuznar como un asno, mientras Luca dejaba la mochila en el suelo, me cogía por la espalda, me apretaba los brazos alrededor del pecho y me sacudía como a una muñeca de trapo.

En resumen, nuestro primer encuentro pasará a la historia como el momento en que estuve a punto de morir asfixiada por una aceituna y Luca me hizo escupirla sobre la alfombra.

—Has tenido suerte de que conozca la maniobra de Heimlich —comentó, mientras me observaba como un abogado de empresa (que nunca ha tocado nada que no sea un iPad) observa a un granjero que acaba de ordeñar una vaca.

—¿Heimlich? ¿El flautista mágico? —murmuré, masajeándome el abdomen, dolorido tras dos golpes de tos y un jadeo, y con un hilillo de baba colgándome de la barbilla.

—Aquél era Hamelin. Será mejor que te sientes. ¿Dónde tienes los vasos? ¿Quieres un poco de agua?

Luego me dio unas palmaditas en la espalda, me ofreció bebida como si yo fuera su invitada, miró un poco la casa, hizo un comentario divertido sobre una pera mohosa que llevaba una semana en el frutero y me preguntó si la habitación estaba libre.

—Librísima —respondí con la voz todavía ronca.

—¿Me la quieres ofrecer a mí?

—¡Te la ofrezco ya mismo!

—Muy bien. ¿Y el contrato?

—¿Contrato? ¿Qué contrato?

—Para el alquiler, ¿no?

—Ah, el alquiler, cierto.

—¿No me pides referencias? Podría ser un maníaco, un ladrón, qué sé yo.

Quise responderle que sus antebrazos dorados eran referencia suficiente, y que con aquella sonrisa y aquellos ojos y aquellas manos y aquellas rodillas no necesitaba ninguna otra recomendación, pero tenía miedo de parecerle una oca pervertida. Mejor contenerse. Mejor aparentar ser una casera profesional a la que no le importa un pimiento que su nuevo inquilino esté como un tren.

—Sí, cierto. Estaba a punto de prepararlo —dije, con aire de importancia no muy creíble, ya que todavía estaba tosiendo y me dolían las costillas.

Descubrí que trabajaba en un disco pub, que sus cócteles eran los mejores de Roma, que había tenido muchos otros trabajos antes que ése, que había viajado mucho y que en sus ratos libres escribía. Libros. Cosas serias. Quería ser novelista. Famoso, a ser posible.

Improvisamos una especie de contrato, me dio a tocateja tres meses de anticipo y nos estrechamos la mano. Desde entonces, nos hicimos buenos amigos. Sólo amigos, por desgracia.

Es un hombre agradable, divertido, brillante. De acuerdo, parece que se esfuerza en personificar la idea refrita del macho depredador, pero tengo la certeza de que en el fondo posee un alma sensible. Sólo tiene un defecto: usa a las mujeres como pañuelos desechables. Más allá de esta pésima costumbre (y del caos postatómico que tiene en su cuarto) es un compañero de piso perfecto.

Así que sufro, casi todas las noches, mientras él se divierte en el otro cuarto. En una ocasión le dije:

—¡Tienes treinta y dos años! ¿No piensas que ya ha llegado el

momento de comportarte como un adulto e intentar enamorarte? Por lo menos, así veré siempre el mismo culo paseándose por casa.

Me respondió con una sonrisa y encogiéndose de hombros:

—El amor no existe, Carlotta. Es una chorrada para adolescentes o, como mucho, una enfermedad perfectamente curable. Como ya no soy un chiquillo, puedo asegurártelo: he conocido a muchas mujeres, pero mi corazón nunca se ha vuelto loco, ni he tenido el deseo de ver a una durmiendo a mi lado, o de escuchar cómo cuenta cualquier cosa. Yo sólo quiero follar. Y luego, cada uno a su casa.

Luca es siempre muy explícito. Jamás le he oído decir «hacer el amor».

Al cabo de un rato, me parece oír el eco de una discusión tras la puerta de la habitación y entiendo que se trata de un monólogo irritado por parte de la chica, que acaba de ser despedida sin miramientos. Oigo sus pasos sobre el parquet y algún comentario sobre lo *impvesentables* que son *cievtos hombves*. Desde luego, estoy de *acuevdo* con el *avgumento*. Tiene razón de sentirse mortificada, pero egoístamente me alegro de esta expulsión. Le permito incluso que se lleve mi goma del pelo, con tal de que se esfume lo antes posible junto con su tanga de hilo dental.

Luca deja correr el agua de la ducha, y ya me imagino la piscinita que formará al lado y las huellas de sus pies mojados por toda la casa. Pero no me importa. Ahora podré dormir, y el bloque entero también.

Mientras me tumbo y cierro los ojos, oigo una llamada a la puerta. Tras un segundo, entra Luca con una toallita en torno a las caderas. ¿Este tío es tonto o se lo hace? ¿Realmente me considera el equivalente de un chifonier? Con sólo ver sus muñecas ya

me empiezo a sonrojar, y con sus codos, y con los lóbulos de sus orejas y...

—¿Duermes? —me pregunta en un tono de voz tan alto que si por un casual hubiese estado en brazos de Morfeo, me habría caído al suelo de golpe. No espera una respuesta mía, entra y ya está, goteando como un Pulgarcito que dejara un reguero de agua en lugar de migas de pan—. Quería desearte mucha suerte para tu entrevista de mañana, porque puede que no nos veamos. Voy a intentar dormir un poco, para escribir luego.

—Gracias —le digo, mientras me empapa la cama.

—Perdona por el escándalo, pero ya sabes cómo es...

—No, no sé cómo es —le replico, a la vista de que soy casi virgen, después de más de un año de abstinencia integral.

—Eres demasiado rígida. Deberías salir con alguien.

Me mira con una luz extraña en las pupilas; los cabellos le gotean sobre la almohada, arriesgándose a causar un cortocircuito en el cable de la lamparita.

—¿Para que luego me echen de casa como has hecho tú con Miss Culo Perfecto? No, gracias. No me apetece nada.

—Podrías invitar a alguno aquí, así serías tú la que le daría la patada.

—Para ti no existe la posibilidad de permitir que alguna se quede a dormir, ¿verdad?

—¡No! —exclama alterado—. ¡No me ha pasado nunca! —Lo dice con disgusto, creo que estaría más dispuesto a ingerir una cucaracha viva—. Si das espacio a las mujeres, se expanden, comienzan a no conformarse con el sexo y pretenden que les hagas caso.

—Te recuerdo que yo también soy una mujer.

Sueno un poco irritada, no tanto porque haya ofendido a la categoría a la cual declaro pertenecer, sino porque me habla como si yo fuera un amigote suyo del bar. Dentro de poco haremos una

competición sobre quién tiene la pilila más larga y puede que empecemos un concurso de eructos.

—No, tú no eres una mujer. No en ese sentido.

—Gracias por el cumplido.

—¡Tonta!

Se me acerca y se le cae la toallita, dejando al descubierto sus tristemente famosas partes pudendas y un fragmento de sus nalgas. Se cubre riéndose y me abraza, y no sabe cuánto me duele y cuánto querría demostrarle que soy mujer, de hecho, en todos los sentidos.

El corazón me va a mil y toso para impedir que Luca lo oiga y se dé cuenta de que pertenezco a la categoría de *criaturas sentimentaloides* que no se contentarían con el sexo y pretenderían un millón de atenciones, en lugar de bajar corriendo y furiosas la escalera de casa soltando tacos.

Lo miro, lo huelo a distancia, parezco un perro que olisquea en busca de una trufa enterrada, el perfume de jabón es húmedo como un alga. Qué contrariedad, creo que lo amo: quizá sería mejor que lo echara de aquí.

Espero que mañana me rapten, que me manden a dar la vuelta al mundo o que me hagan trabajar de noche, así no estaré en casa durante la próxima cabalgada. Quizá podría insonorizar mi habitación. No, moriría igual aunque no lo oyese: me bastaría con imaginarlo.

Lo miro por enésima vez, fingiéndome fastidiada mientras me consumo de amor y remordimiento. Luca se levanta, se estira, parece que tiene sueño. Se marcha canturreando en voz baja. Suspiro y apago las luces. Tardo en dormirme, con el sabor del chocolate en la lengua.